

Preguntóle Testadura si había ya despachado á la mujer, para que, junto con ellos, se viniese al castillo de Caldetas, en donde, por disposicion de Enrique, hacia diez dias tenian encerrada á Blanca, y en donde se proponian, sin duda, despachar á Pedro.

Al decir Pedro que no había podido matar á la mujer porque estaba allí su hermano, Testadura se ofreció á ayudarle en el lance y queria entrar en la cabaña. Pedro le cerró el paso colocándose delante de la puerta, y diciéndole:

—Poco á poco, que además de su hermano está tambien con ella su marido.

—¿Y qué importa? replicó Testadura; ellos son dos y nosotros somos cuatro..... entremos.....

Y al mismo tiempo Testadura y los dos bandidos que le acompañaban, echaron mano á sus puñales.

—Eso sería perdersen, les dijo Pedro deteniéndolos. Los gritos de la mujer darian la alarma en el pais, donde desde la muerte del príncipe hay algunos soldados. Te han visto con su hermano, y si te reconociesen.....

—Tienes razon, dijo Testadura; obremos con circunspeccion, y de este modo no comprometeremos á nadie. Recojámos en este pajar que pertenece á la cabaña, y cuando estén dormidos los habitantes de ella tú entras, asesinas á la mujer, atrancamos la puerta de la cabaña, pegamos fuego al pajar y mañana pajar y cabaña han desaparecido muy naturalmente, y todo queda olvidado y secreto.

—Pues entraos pronto en el pajar, dijo Pedro fingiendo oír ruido, pues se me figura que salen nuestras gentes de la cabaña.

Testadura y los dos bandidos que le acompañaban se entraron rápidamente en el pajar y con tal precipitacion, que no recogieron las capas y los sombreros que dejaron sobre un banco de piedra que había á la entrada de la cabaña. Pedro cerró apenas habían entrado en el pajar muy suavemente la puerta.

Se dirigió inmediatamente á la cabaña, y llamó con mucha precaucion á Juana y á Alberto, y en voz muy baja les previno que se preparasen á marchar con el mayor silencio, porque había encerrado á los bandidos en el pajar.

—¿Y á qué marchar en medio de la noche? preguntó Juana.

—Para poner en libertad inmediatamente á Blanca.

—Luego ¿sabes ya dónde está? preguntó Alberto.

—En el castillo de Caldetas, y es preciso que lleguemos allí mañana.

—¡Marchemos! ¡marchemos al instante! exclamó Alberto.

—Estais muy débil aun, señor, dijo Juana.

—El pensamiento de libertar á Blanca, me dará fuerzas.

—Juana, ¿tienes algo de precioso en la cabaña, y que puedas llevar contigo?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque dentro de un instante van á pegarla fuego los bandidos.

—¡Pobre cabaña mia! dijo llorando Juana.

—No la llores, yo te daré una granja, dijo Alberto.

—Hay comunicacion entre la cabaña y el pajar?

—No, ninguna, contestó Juana.

—Pues entonces vamos á tapiar la puerta del pajar.

Instantáneamente los tres se pusieron manos á la obra, haciendo rodar piedras y peñascos. Prendió fuego Pedro á la cabaña, que en breve despidiendo una densa humareda arrojó altas llamas que se comunicaron al pajar.

Oíase dentro á Testadura y los bandidos dar redoblados golpes gritando:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡ábrenos, estamos encerrados!.... ¡nos ahogamos!....

Las llamas se abrian paso. Hundióse la parte del techo. Entonces se vió á Testadura y á los otros dos bandidos con el rostro ennegrecido y quemados los vestidos, hacer esfuerzos para escaparse por el techo agarrándose á una viga ardiendo.

De repente la viga se hizo mil pedazos, y los tres bandidos volvieron á caer en medio de las llamas.

Alberto, Pedro y Juana, vieron desde lo alto de la roca, y al siniestro resplandor de las llamas, la muerte de los que habían ido á arrebatársela la vida.

Embozados en las anchas capas, y cubiertos sus rostros con los grandes sombreros de los bandidos, se encaminaron al castillo de Caldetas.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(La continuación en el número inmediato).

¡POBRE NIÑO!

(LEYENDA.)

I.

Era un día del mes de abril.

Nubes de púrpura rodeaban el sol, cuyas hebras de oro se estendian lindamente por las pintorescas cimas de elevados montes.

Las lilas derramaban delicioso aroma, jugueteando alegres con benignos céfiro.

El día encantaba por su blanda temperatura, por sus dulces brisas, por sus bellos y misteriosos conciertos.

Madrid estaba sumamente animado; sus calles se veian llenas de gente.

Nadie podía imaginar lo que pasaba en un barrio importante, en un sitio céntrico.

Cuando el júbilo brilla en los semblantes de la multitud, no se perciben las nieblas de la tristeza, ni hieren los oídos los ayes del infortunio.

Sin embargo, en medio de las muchas almas que bullian por los parajes mas concurridos de la capital de España, había un ser que sufría, un ángel que lloraba.

En efecto, acurrucado junto á una puerta espléndida, suntuosa y que denotaba pertenecer á un elegante edificio, descubriase una pobre criatura, un niño rubio como los atavíos de la alborada.

Su traje era sencillo, consistente en una chaquetita de paño negro, pero algo ordinario, un pantalon de color castaño y una gorra oscura.

Estaba completamente estropeado. La miseria había llenado de agujeros la ropita del niño, y sus mejillas, que debían competir en lozanía con los lirios y las azucenas, tenían el sello de fieros vendavales.

Seis años contaría. Peregrino era su semblante, vivos y graciosos sus ojos, delicada su nariz, correctos sus contornos, torneadas y perfectas sus formas.

Al observar con cuidado su bello conjunto, notábanse en él las señales que imprimir suele, hasta en la inocencia y el candor, el terrible monstruo del egoismo.

AÑO XXIV. 9

SEGUNDA SERIE.—1866.

El niño gemía y se tendía en el suelo, tocando sus tier-
nos y desnudos piés las anchas losas que regaba con copio-
sas lágrimas.

La muchedumbre apenas se fijaba en él, preocupada con
otro espectáculo mas agradable.

Los carruajes, rodando con gran estrépito, producían un
ruido que apagaba los débiles ecos de una voz lastimera,
contribuyendo á sofocarla los destemplados acentos de di-
versos grupos, que todos se encaminaban hácia la plaza de
toros, pues era día en que se corrían ocho de las mas
acreditadas ganaderías.

El niño seguía en el mayor abandono.

¿Qué va á ser de esta infeliz criatura?... Ninguno le hace
caso... el bullicio se aleja de tan triste cuadro.

Pero no temamos. La caridad es una señora bondadosa
que siempre sonríe, y su manto, esmaltado de divinas per-
las, cobija á cuantos se hallan heridos por los rigores de la
desgracia.

No se hará esperar mucho, no; porque su imperio es
vasto y dilatado; abarca los espacios y penetra en todos los
climas, en todos los pueblos, en todos los lugares en que el
dolor ejerce su temible influencia.

El cristianismo, religion santa, la trajo al mundo; y por
eso la caridad, ornada su frente con inmortal diadema,
derrama por do quiera el benéfico rocío de los eternos
dones.

—¡Pobre chico! ¿Qué tienes, hijo mío? ¿Te duele algo?
¿Quieres pan? ¡¡Ángel de Dios, cómo llora!!

Así se espresaba una humilde mujer, que al cruzar la
acera sintió los plañideros lamentos del inocente párvulo.

Las madres son muy sensibles, y debía serlo sin duda
la que de este modo manifestaba sus caritativos senti-
mientos.

Y lo era en verdad, pues iba escoltada de tres lindos ni-
ños que pronunciaban ese nombre mágico, sonoro, augus-
to, esa palabra que hace vibrar dulcemente las cuerdas
del alma.

—¿Qué le pasa á esta criatura? dice otra.

—Señora, yo no sé; acabo de llegar con mis chicos, y
mis entrañas se conmovieron al ver quejarse á este niño.

—¿Estará malo?

—Puede ser.

—Dí, niño, ¿qué te ha sucedido?

—Que perdí á mi madre, y no sé ir á casa, y no comí en
todo el día, porque no tenía pan.

—¡Ángelito!... Ven, ven conmigo; yo te daré una tacita
de caldo; comerás de lo poco que hay en mi choza. Anda,
hijo mío.

Y diciendo y haciendo lo levanta, enjuga su llanto con
un pequeño pañuelo carmesí, le limpia del polvo que se
había adherido á su pobre traje, lo cubre de besos, lo aca-
ricia, arregla sus finos y enortijados cabellos, y colocán-
dolo en los brazos lo conduce á su vivienda en medio del
asombro de los circunstantes que presenciaron tan hermosa
escena.

II.

Serían las diez de la noche.

La calle de Lavapiés ofrecía un aspecto fantástico, ilu-
minada con la escasa luz de algunos faroles y los pálidos
destellos de la luna, que recorría placentera los azules
senderos y el firmamento, todos esmaltados de brillantes
rubies.

Muy cerca de la espaciosa plazuela bautizada con el
mismo nombre, divisábanse dos personas que sostenían
una animada conversacion.

—¡Qué guapito es!

—¡Vaya!... digamelo vd., á mí, que le vi nacer.

—¡Si su padre viviera!... Nada le faltaría... Pero ¿qué
quiere vd. que haga una pobre viuda, achacosa, desampa-
rada y sin recursos?...

—¡Infeliz!... Tiene vd. razon, señora Tomasa.

—¡Y ayer, que ha perdido á su madre y que no ha toma-
do alimento en todo el santo día! ¡Ay, Señor!... ¡Cuánto no
habrá sufrido esa criatura!...

—Como que hubo necesidad de meterle en la cama, por-
que el inocente tenía gran calentura, pues en dos días no
había comido mas que unas pocas sopitas.

—¿Y está mejor?

—¡Quiá!... Pero, por fin, una buena señora, que pertene-
ce á una sociedad caritativa, vino á visitarlo, y conociendo
su situacion mandó á buscar al médico, y dijo...

—¿Qué dijo?...

—Que se muere si no lo sacan de Madrid.

—¿Y si su madre no puede?

—¡Ahí verá vd.!... Mas tengo entendido que la señora
desconocida que la socorre piensa recomendarlo á una
amiga suya que habita en un pueblo cercano.

—¡Qué lástima de chico! Siempre estaba jugando con el
mío. Aun no hace un mes que pasamos una tarde en un
pequeño huerto, y con las violetas que cogía formaba ra-
mitos que entregaba á su madre. Y se los daba con una ale-
gría, señora, que encantaba su linda cara.

—¡Ah! ¡Es un ángel de Dios!... Todo el mundo le quería
por su obediencia y humildad.

—Y ¿á quién no le gusta un chico bien educado?...

—¡Pobrecito!... ¡Pidamos al Señor le dé la salud, para que
su madre, que tanto sufre, recobre el sosiego de que
carece!

III.

Una semana ha transcurrido desde que fuimos testigos
de la conversacion que tuvieron dos sencillas mujeres que,
aunque de baja esfera, pensaban con discrecion y sano
juicio.

Educadas en un convento, donde entraron en clase de
legas en tiempos de turbacion y de trastornos, salieron
muy jóvenes de él, y el aroma precioso de la virtud, de que
se impregnaron sus almas, jamás las abandonó, habiendo
acatado siempre las salvadoras máximas del Evangelio.

Casadas con honrados jornaleros, contaba cada una de
ellas con numerosa prole.

Ambas instruían sus hijos en la moral católica.

Además de la escuela que frecuentaban, visitaba su do-
micilio un anciano y respetable sacerdote, que, lleno del
amor divino, procuraba esparcir la semilla del bien en el
seno de las familias pobres.

Las once acababan de dar en el reloj de San Juan de
Dios, cuando una modesta berlina, tirada por dos briosos y
apuestos caballos, atravesaba la calle que ya conocen
nuestros lectores, haciendo retemblar con su veloz carrera
las durísimas piedras del arroyo.

De pronto se para delante de una casa antigua de tres
pisos, y adornada no de artísticos atavios, sino de grietas
que en ella había sembrado la mano poderosa del tiempo.

Abrese la portezuela.

El dintel de la entrada se ve en un segundo obstruido por un caballero embozado en su capa y una señora vestida de luto, que se apresuran á penetrar en aquel edificio.

Suben con paso lento la escalera, estrecha y defectuosa, y al llegar al último piso se internan en un corredor, llaman en uno de los cuartos que allí había, y entran en una habitación mezquina, desnuda de todo fausto y despojada hasta de lo mas preciso, de lo mas necesario para la vida.

Su mueblaje consistía en dos viejas y rotas sillas de paja, una estropeada mesa de pino, un veterano cofre y una mala rinconera, en que se veía la candelija con que se alumbraban sus infelices moradores.

Nada había en la pieza que llamase la atención, y, sin embargo, sorprendía el cuadro que ofrecían los recién llegados confundidos con la dueña de aquel pobre y miserable albergue.

Tendría esta unos cuarenta años, y era alta, de pocas carnes. Su fisonomía, venerable y espresiva, estaba marcada de varias arrugas. Hóndos surcos rodeaban sus negros ojos, perfectamente colocados; su frente y las graciosas líneas que cubrían su rostro, indicaban ser magníficas ruinas de una pasada hermosura. Hilos de plata lucía su revuelta cabellera de ébano, y un vestido de percal oscuro escondía sus formas, revelando en sus ademanes la nobleza de su origen.

La señora desconocida debía pertenecer á la clase media. Seis lustros contaría. De cara simpática, bella, morena; su boca breve como el suspiro de una casta virgen, vertía abundosos raudales de esquisita dulzura, palabras que fortalecían los ánimos abatidos por los sinsabores.

El pincel de un Madrazo hubiera formado un bellissimo asunto, reuniendo en el lienzo tan nobles é interesantes figuras.

Después de algunas frases cambiadas mutuamente por una y otra parte, introdujéronse todos en la única alcoba que había.

Allí tendido sobre un ergon y envuelto en dos mantas que cubrían el suelo, dormía tranquilamente un precioso niño.

¡Este niño era el pobre Julio, el mismo que días antes se había encontrado en uno de los barrios mas populosos de la corte!

—Es menester, hija mía, que salga de aquí cuanto antes. Esas mejillas están demasiado pálidas, y la calentura no ha cesado aun.

—¡Ay, cuán buena es vd.!... Sin los auxilios que me ha prodigado, ya no estaría en este mundo.

—Yo no hago mas que cumplir con mi deber. La religion me ordena amparar á los necesitados, á los desvalidos, á los que carecen de todo humano recurso.

—¡Dios la bendiga, señora! ¿Podré yo olvidar nunca sus beneficios? ¡Oh! no, de ninguna manera. La gratitud aclamará su nombre, y siempre pediré al Altísimo por tan grande bienhechora.

IV.

Estamos en el mes de junio.

La primavera se halla enriquecida de magníficos atavíos, de bellísimos esplendores, de rumbosas galas.

Las canoras avecillas gorjean en praderas bordadas de fragantes flores, y zumban los insectos, y murmuran las auras, y se columpian las rosas, y corren las fuentes, y brotan las perlas y los diamantes en clarísimos manantia-

les, y brillan el nácar y la escarlata en valles regados por límpidos arroyuelos.

Carabanchel, ese pueblo fresco, sano y amenísimo, se hallaba en extremo favorecido por numerosas familias madrileñas.

Escondido en lindo verjel en que se admiran suntuosos planteles de alhelies, jazmines y camelias entrelazados con naranjos y limoneros, recreaba el ánimo del observador, por reunir los encantos de otros pueblos poéticos y pintorescos.

En una humilde casita, que ostentaba blancas paredes colocada en medio de frondosos álamos, de robustas encinas y de amarillos y lánguidos sauces, vivía una señora, de edad provecta, pues había entrado ya en el otoño de la vida, como lo indicaba su severa faz y las canas que cubrían su cabeza.

Hacia algunos años que habitaba en aquel punto, cansada de una sociedad que, al perder á su esposo, coronel que fué del distinguido cuerpo de artillería, obsequiábala con impíos desdenes, cosa muy frecuente en el mundo cuando el viento de los reveses desmorona y destruye el santuario de nuestra ventura. Con una regular pension que le había dejado su esposo, pasaba los días tranquila, ocupada únicamente en las sublimes tareas de la caridad.

A tan bello sitio fué á parar el infortunado niño que cada día empeoraba, pues su enfermedad era resultado de las muchas privaciones que había venido devorando desde la muerte de su padre.

Nada le faltaba al tierno infante.

Cuidábalo su madre y una buena anciana, y todos los días lo visitaba el facultativo.

El puro ambiente que, mezclado con el aromático incienso de los tulipanes y de los geráneos, penetraba en su habitación, hermosa, limpia y adornada de los sagrados emblemas de la fé cristiana, no tenía poder suficiente para reanimar aquella jóven naturaleza, la cual iba debilitándose por momentos.

No había remedio.

El ángel de la muerte, cerniéndose por los aires, batía sus fúnebres alas, derramando en aquel hogar, santificado con los suaves perfumes de la caridad, los hálitos precursores de la destrucción.

Agotáronse las medicinas, y nuestro enfermo, cruzando sus manecitas, balbuceaba una plegaria que había aprendido en maternal regazo.

—¡Ay de mí!... ¡Ahora sí que es de veras!... ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi alma!... ¡Mi joya, mi consuelo, mi Benjamín!... ¡Oh Señor!... ¿Por qué me lo lleváis tan pronto?... ¿No gozais de la presencia de mis otros ángeles?... ¿No teneis á mi esposo, que era mi compañero, mi amparo, mi sosten, la mitad de mi vida?... ¡Dejádmelo, Dios santo, Dios bueno!

En estos términos desahogaba su pena esta madre afligida.

La Parca, en efecto, le había arrebatado tres hijos y su caro consorte que, merced á su vasto talento, ocupara un puesto señalado entre los primeros literatos de España.

No le dejó mas fortuna que un nombre puro, venerando, ilustre.

Los huracanes de la desgracia, desatando sus iras, arrancaron del campo de la sociedad plantas robustas que crecían á la sombra de la virtud, y que hubieran podido sostenerla con el aroma esquisito de las buenas obras.

Sola, sin amigos, sin parientes, el mundo era para ella un inmenso desierto; y su hijo y la religion católica que

amaba mucho, daban á su espíritu la fuerza necesaria para soportar con paciencia dolorosos pesares.

Pero volvamos á nuestro niño.

La fiebre hacia rápidos progresos, y el infante no podía mas.

Un mes llevaba padeciendo; su cuerpo era un esqueleto; la calentura le consumía lentamente.

Esperábase, pues, una infausta nueva.

La ciencia habia agurado sus recursos.

Los resortes de aquel organismo estaban del todo gastados.

La finísima cadena de su tierna existencia, tan bella y deslumbradora, iba á romperse por el último y mas precioso de sus eslabones.

El lecho del enfermito veíase rodeado de almas creyentes, de corazones compasivos.

El niño empezó á delirar de una manera que enternecia.

Sus ojos, que irradiaban brillantes fulgores, se resistían á mirar la luz; sus delicadas facciones carecían de su natural color.

—Conformidad, hija mia. Grandes son los decretos de la Providencia, y á nosotros no nos toca mas que acatarlos.

Es un ángel que va á ceñir una corona de imperecederas esmeraldas, que va á militar en las filas de los querubines, que va á ser objeto de las caricias del eterno Hacedor.

Resígnese vd., pues. Muere como el lirio que no ha sido azotado por los aquilones, como el justo que jamás se apartó de las vías del bien.

—Pero, ¡señor!...

—No se desconsuele vd. ¿Qué felicidad puede compararse con la que le espera?... Mas allá de la tumba existe un imperio magnífico, un alcázar espléndido. Un topacio solo de la hermosa diadema que ha de ornar la frente de su hijo, eclipsa con su brillo el resplandor de todos los tronos, de todos los cetros, de todas las grandezas humanas. El puesto que se le prepara es mas suntuoso que el de los reyes de la tierra.

Quien así hablaba era el sabio, virtuoso y dignísimo sacerdote de que antes nos ocupamos. Llamado por doña Eugenia para asistir al enfermo, no se separaba un instante de su cabecera.

Propio es de las almas grandes dirigir saludables consejos.

Las palabras juiciosas, cuando las dice una persona competente, deben ser escuchadas con el mayor respeto. Frases llenas de la moral católica no pueden desecharse ni escarnecerse, ni cerrar el corazón á las benignas influencias de una doctrina purísima.

La madre del pobre Julio, aunque transida por amarga pena, comprendía no obstante la fuerza, la eficacia, la bondad de las máximas que le inculcaban sus generosos protectores.

V.

Acababa de espirar uno de los meses mas risueños de la primavera.

La aurora de un día de julio, envuelta en albos y ricos tules, entreteníase en esparcir sus bellos reflejos por gigantes montañas, y despertar con su suave aliento las dormidas flores, que desecando ostentar sus gracias, se ocupaban

en abrir sus cálices para recibir los tributos de encantadoras brisas.

El cielo, desplegando numífico sus lujosos crespones de oro, parecía celebrar un suceso fausto.

El cuarto de doña Brígida ofrecía en aquellos momentos un espectáculo consolador.

En una mesa de caoba, en la que se fijaban las miradas de varias personas, veíase una hermosa caja forrada de seda, toda engalanada de cintas y preciosas guirnalda de fragantes rosas.

Entre la concurrencia que allí habia, estaban tambien presentes las dos vecinas de la calle de Lavapiés, tristes, afligidas, meditabundas, pues amaban mucho al niño Julio. Sus maridos, virtuosos obreros, las dieron permiso para ausentarse de la corte por breves días, con el fin de que asistiesen al enfermito.

En medio de aquel concurso que ocupaba la sala de doña Brígida, destacábase la noble y arrogante figura de doña Eugenia, señora piadosísima, á cuyas expensas se hiciera todo.

Pocas horas despues, una lucida comitiva acompañaba al cementerio el cadáver de un ángel.

La madre perdió á su hijo, pero encontró un poderoso apoyo en aquella alma nobilísima, que tomando parte en sus tribulaciones, la sacó de grandes apuros.

Los habitantes del pueblo, sabedores de los beneficios que dispensan dos seres generosos, refieren con gusto los detalles de este hecho, y alaban con entusiasmo tan bellos actos, exclamando con ese tono que inspira un profundo y elevado sentimiento: ¡pobre niño!

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

EL ANGEL CONSOLADOR.

El Angel consolador es una magnífica alegoría debida al inteligente pincel de Alfredo de Cuzon, y cuyo brillante cuadro ha sido uno de los que mas han llamado la atención en la exposición pública de pinturas del año pasado de 1865 en París.

Este cuadro parece inspirado por unos versos de Lamartine. En sus discursos sobre los destinos de la poesía, que ha colocado á la cabeza de sus Meditaciones, Mr. de Lamartine ha insertado unos hermosos versos, que dice ser traduccion de un canto nacional calabrés que habia recogido él mismo de boca de unas aldeanas de Amalfi.

Es una mujer la que habla en esos versos.

Recuerda en ellos las mas dulces horas de su vida, y las mas graves, cuando era niña, cuando era joven, cuando era anciana cubierta de canas.

Siempre en la soledad y en el recogimiento del alma, habia sentido una voz que se levantaba dentro de ella misma, y que era como una prolongacion de su alegría, ó como el eco de su dolor, y que dejaba la alegría sin pesar y la queja sin amargura.

«No era ni el viento, ni la campana, ni el caramillo pastoril... no era el canto del gallo, ni del ruiseñor, ni el aliento del niño dormido en la cuna... no era ninguna voz de niño, hombre ó mujer....»

«¡Erais vos, mi Angel de la Guarda! erais vos cuyo corazón cantaba conmigo!»



El ángel consolador.—Cuadro de Alfredo de Cuzon.

«Ahora estoy sola, envejecida, canos mis cabellos, y
«frias mis mejillas, calentándome en el hogar que atizo
«con mis arrugadas manos, guardo los corderillos, y sin
«embargo en mi seno la voz interior me mantiene, me con-
«suela y me canta siempre. No es esa la voz de la mañana
«de mis hermosos días, ni la amorosa voz de aquel por
«quien lloro!.

«Pero sois vos, ¡si, sois vos, el ángel de mi Guarda. Vos,
«cuyo corazon me queda, y que llora con el mio.»

Lo que estas mujeres de la Calabria decian así de su ángel de la Guardia, añadía Mr. Lamartine puede decir la humanidad de la poesía.

Es esa voz interior que habla á todas las edades, que ama, canta, ora, ó gime con ella á todas las horas de su secular peregrinacion por el mundo.

Así toma vida el pensamiento del poeta: á su recuerdo se representa una estendida cancion, un risueño ó melancólico cuadro, y la fria reflexion es la imagen y el rhythm.

El pintor á su vez toma del poeta los versos, como á la naturaleza misma los espectáculos que conmueven su alma.

Traduce su emocion, y un sentimiento tal vez indefinible para él mismo, poco á poco se precisa; toma cuerpo, colorido, y se fija en un purísimo contorno.

Todo es lenguaje para el alma del poeta.

Es como un patético instrumento donde vibran juntas todas las armonías.

Para sacar sonidos acordes, menester es manos delicadas y poderosas.

Raras son semejantes manos sin duda, empero mas rara es todavía la lira.

PENSAMIENTO. Posponer el Cristianismo al Paganismo, el espíritu á la materia, la más pura subjetividad á lo mas grotesco de los sentidos, un Dios infinitamente bueno y misericordioso á una cáfila de mujerzuelas y de presidiarios, como son los dioses del Paganismo, es una gracia indisculpable, aunque Goethe la haya escrito, como creo, despues de un almuerzo fuerte. ¿Cuál de los dioses del Paganismo, considerado en sociedad con los hombres, dejaria de parecerle á Goethe un solemnisimo bribon? Si no fuera demasiada irreverencia, yo diria al sumo Jupiter que no tendria inconveniente en convertir su trono en tablado de un patibulo, no para que representase en él el papel de verdugo, sino el de reo.

RAMON DE CAMPOAMOR.

DE LAS CIENCIAS OCULTAS

Y DE SU RESURRECCION EN NUESTRO SIGLO.

El espíritu humano en los siglos XVI y XVII comenzó á desplegar su rauda vuelo en términos tan extraordinarios y asombrosos, que pareció haber recibido de la naturaleza la gran mision de dar á nuestra raza un aspecto nuevo é imponente, precursor de adelantos mayores; y á principios del siglo XVIII una fermentacion general invadió los ánimos. Entonces, persuadidos los verdaderos sábios de que la aplicacion únicamente de las sanas doctrinas en el terreno práctico da importancia á los varios ramos de nues-

tros conocimientos, pusieron en juego todos los resortes de su ingenio para alcanzar este fin tan útil y provechoso. Con efecto las especulaciones filosóficas sirvieron de base á la moral; las letras fueron consideradas como la expresion del carácter, de los usos, de las costumbres, de las leyes y de las creencias religiosas de los pueblos; las artes liberales como la expresion de lo bello y mas perfecto de lo creado, y las artes mecánicas como frutos muy sazonados de la industria para dar mas ensanche y facilidad á la adquisicion de nuevas comodidades.

Reunidos los esfuerzos y los adelantos de las generaciones pasadas con los de nuestros eminentes sábios, han producido efectos maravillosos, y la multitud de útiles invenciones y grandes descubrimientos de nuestro siglo han sido tan extraordinarios, que casi tienen un tinte de sobrenatural. El hombre, pues, que se propone en nuestros días adquirir merecida fama, por muy elevado que sea su ingenio, necesita, cuando menos, levantarse una media vara sobre el terreno que pisa. Pero el hombre, dotado de una inteligencia que raya en lo infinito y lo eterno, se abandona con facilidad á los vuelos de su fantasía, se lanza á la region de las ideas, y llega paulatinamente á persuadirse, con fiado en las fuerzas de su misma inteligencia, de que puede poner en íntima relacion el mundo físico y sus seres con los espíritus, cuya existencia, cierta ó imaginaria, pertenece á otro mundo invisible. Este es el único y verdadero origen de las ciencias ocultas, que comprenden la magia, las adivinaciones, la interpretacion de los sueños, las profecias aventuradas, un crecido número de supuestos prodigios y otras supersticiones por el estilo. No queremos pasar por alto, sin embargo, que todos los hechos portentosos y singulares, que se atribuyen á personas de uno ú otro sexo muy versadas en esas ciencias, llevan siempre el colorido de la época á que se refieren. Este fenómeno, que se repite constante é invariablemente, nada tiene de extraño, nada de peregrino, porque las ciencias á que aludimos, dependen de la constitucion política y religiosa de los pueblos, y de su estado de civilizacion, como vamos á probarlo.

Los varones mas ilustres y de mas nombradía en el orbe literario por lo vasto de sus conocimientos y su erudicion profunda, han llegado á demostrar, apoyándose en hechos reales y positivos, y no en vanas conjeturas, que todas las religiones antiguas que figuran en la historia bajo varias y distintas formas, no son mas que modificaciones del panteísmo (1), que unifica el mundo con la Divinidad, suponiendo la materia eterna, y dotada de una fuerza de inteligencia, que se manifiesta, en mayor ó menor escala, en todas las creaturas, las cuales no son mas que fracciones del Mundo-Dios.

La cuna del panteísmo, llevado á su último término, ha sido desde tiempos inmemoriales la India, y sus dioses, que no son mas que personificaciones alegóricas de las fuerzas de la naturaleza y de sus elementos, pasaron bajo varias formas y con diversidad de culto á Egipto, á Grecia, á la antigua Etruria, y últimamente á Roma. Con efecto, en los anales mitológicos de esos pueblos figuran, como en la India, dioses y genios alegóricos, que ejercen su imperio en la profundidad de los mares y de los rios ó sobre la tierra; y otros que vagan por los aires, ó que habitan y vi-

(1) Esta palabra se compone de dos vocablos griegos, que significan *todo*, y *Dios*: la palabra *Panteísmo*, pues, expresa la unificación de Dios con la materia.

gilan los hogares domésticos; figuran, en fin, las fuerzas y los elementos de la naturaleza divinizados, figura el panteísmo con todas sus galas, y además la metempsicosis (1), dogma fundamental de los indios.

¿Quién ignora hoy que Neptuno con su tridente y su carro tirado por delfines, no es mas que una divinidad fantástica, que bajo el velo de la alegoría nos representa el mar? ¿Quién ignora que Júpiter con sus rayos, y Juno su esposa y hermana no son mas que una personificación del cielo? Si nosotros quisiéramos ahora someter al tribunal de una severa crítica todos los dioses de la fábula y sus atributos, como lo han hecho doctos mitólogos, podríamos desde luego probar, sin esfuerzos ni trabajo, que no son mas que personificaciones alegóricas de las fuerzas y de los elementos de la naturaleza en sus relaciones, mas ó menos inmediatas con el hombre. Pero en atención á que en este período de cortas dimensiones no pueden tener cabida discusiones muy eruditas ni estensos pormenores, nos limitaremos á consignar lo que sigue en apoyo de nuestro aserto.

Marte representa la guerra, Venus la belleza, Mercurio el robo. El primero es una personificación alegórica de la fuerza, aplicada al hombre, que la necesita para su defensa; la segunda nos representa la armonía y perfección que conserva inalterablemente la naturaleza en sus procreaciones, como lo espresa Lucrecio en los primeros versos de su poema, dando á Venus los títulos de *engendradora de los romanos, y de voluptuosidad de los dioses y de los hombres*; el tercero es una alegoría muy filosófica, porque nos da á entender que está reservado únicamente á las inteligencias atrevidas y privilegiadas sorprender á la naturaleza y robarla sus secretos. En cuanto á la metempsicosis, *Las Metamorfosis* de Ovidio y el *Asno de oro* de Apuleyo bastan para persuadirnos de que este dogma oriental pasó á Grecia y Roma en toda su integridad; y volviendo al principio arriba sentado de que las ciencias ocultas dependen de la constitución política y religiosa de los pueblos, tenemos en nuestro abono la historia de todos los siglos y de todas las naciones.

En la India se supone que todos los magos tienen la fuerza y el poder de dominar la naturaleza y de subvertir sus leyes: pueden cambiar un día sereno en tempestuoso; pueden dañar el campo de su enemigo, promoviendo una desatendida lluvia de nieve y granizo; pueden dar un instinto feroz y destructor á los animales mas pacíficos; pueden ejercer un influjo muy directo sobre la suerte de los hombres, y sobre su felicidad y sus infortunios; pueden transformarse en animales ó seres invisibles para penetrar en las casas de sus enemigos; pueden inspirar amor ó odio en el corazón de los hombres; pueden perjudicar su estado de sanidad y quebrantar su salud. En fin, disponen de todas las fuerzas de la naturaleza á su antojo, y en todas sus operaciones mágicas figura el panteísmo, y en segundo término la metempsicosis.

Entre los griegos figuran como grandes magas Medea y Circe, y todos sus hechos horrendos nos recuerdan el panteísmo oriental. Medea magnetiza el aire, esteriliza los campos, contagia las aguas, envenena el fuego, los reptiles la dan su venenosa baba, y cuando pronuncia palabras misteriosas y fatídicas toda la naturaleza se inclina y cede á sus

deseos. Circe, hija del Sol, evoca los espíritus, manda á los astros, que bajen á la tierra y la obedecen; transforma en monstruo horrendo á la joven y hermosa Escila; transforma á Pico, rey de Italia en ave, y á los compañeros de Ulises les transforma en cerdos. Canidia, maga muy célebre, de quien nos habla Horacio, obra con corta diferencia los mismos prodigios, y la luna baja del cielo, cuando Canidia lo exige.

El bárbaro y mezquino africano pinta toscamente sus fetiches (1), les adora, les atribuye un poder mágico sin límites, y luego cree que aquellas figuras informes y monstruosas imperan sobre toda la naturaleza y sus elementos. Los viajeros mas ilustrados y fidedignos, que nos hablan de la religion, del culto y de las groseras supersticiones de los salvajes del otro hemisferio, afirman que todos viven muy persuadidos de que sus magos, brujos y hechiceros dominan á la naturaleza.

En fin, la historia nos demuestra á cada paso que el panteísmo, bajo distintas formas y modificaciones, fué la religion única de los pueblos de la antigüedad, bien se les llame gentiles (2), paganos (3), politeístas (4), ó idólatras (5); que los pueblos que están sumidos aun en el seno de la idolatría, son tambien panteístas, tal vez sin conocerlo, y que las creencias mágicas de todos esos pueblos, nos revelan su panteísmo, porque, como va consignado al principio de este artículo, las ciencias ocultas no se divorcian nunca de las constituciones políticas y religiosas. Con efecto, en la Edad media toman un aspecto nuevo y muy distinto del antiguo, porque la ley de gracia ha destruido las bases en que se apoyaba el paganismo, sustituyéndolas con otras muy distintas, y tan celestiales y puras, que la superstición y el error no pueden aniquilarlas.

En las leyendas mas tenebrosas de esa edad figuran nigromantes y brujos á centenares; pero los espíritus malignos, que les comunican su poder y sus fuerzas para obrar prodigios, están sometidos á la voluntad suprema de un Dios único y omnipotente, que, segun sus inescrutables designios les permite ó impide la perpetración del mal. Es de advertir, sin embargo, que en la Edad media la magia toma el carácter y el colorido de la época, no amoldándose únicamente á las creencias religiosas, sino tambien á los usos, á las costumbres, y á los errores mas vulgares y supersticiosos propios del tiempo. En esa época las apariciones del demonio son frecuentes, y el espíritu maligno, ó se

(1) Esta palabra trae origen del vocablo portugués *fetino*, que significa *cosa encantada ó encanto*, porque los africanos bárbaros y semi-salvajes, creen que las figuras monstruosas que ellos mismos pintan obran prodigios por arte mágico.

(2) *Gentil* se deriva del latino *gens*, que significa en su sentido mas lato *pueblo*. Todas las religiones, pues, anteriores al cristianismo, que con cortas diferencias eran una misma, porque todas prescribían la adoración de los ídolos, fueron llamadas *gentilicas*, y los que las profesaron *gentiles*, esto es, *religiones de la generalidad*, y profesadas por todas las gentes.

(3) Esta palabra dimana del vocablo latino *pagus*, que significa *campo*, porque los campesinos fueron los últimos, que se convirtieron al cristianismo, y que abandonaron el culto de sus ídolos.

(4) *Politeísta* procede de *politeísmo*, que se compone de dos vocablos griegos, que significan *pluralidad ó multitud, y dios*. *Politeísta*, pues, es lo propio, que *adorador de muchos dioses*.

(5) *Idólatra* se deriva de dos palabras griegas, que significan *imagen y yo sirvo*. Es, pues, idólatra el que se inclina, como un siervo humilde, ante una imagen, y que la adora, no como la representación de un santo, que real y positivamente ha existido, sino como la imagen de un ser fantástico.

(1) Es un compuesto de dos palabras griegas, que significan *transformación y animar*; la palabra *metempsicosis*, pues, significa *transformación de formas, á consecuencia del pasaje del espíritu, animador de la materia, de uno á otro cuerpo*.

presenta vestido de fraile, porque la abundancia de los cenobios ha familiarizado la vista y la fantasía con la cogulla y los capuchones, ó bajo figuras extrañas y monstruosas con dos ramosos cuernos en la cabeza y un largo rabo, porque desde muy temprano las abuelas y las nodrizas han pintado el demonio á los niños bajo formas tan fantásticas y peregrinas. Con efecto, en las leyendas mas tenebrosas de la Edad media, y con especialidad en las en que figuran evocaciones y conjuros de magos y nigromantes muy célebres, los demonios se presentan siempre bajo una de las dos formas mencionadas.

En el famoso sábado de las brujas sucedían cosas por el mismo estilo. *Aquella buena gente*, que iba al sábado, surcando los aires para llegar mas pronto, encontraba á Satán sentado en un gran sillón, y bajo la figura monstruosa de un sátiro con cuernos y rabo. Este ángel de las tinieblas, cuando estaban todas las brujas reunidas, remedaba sacrilegamente el Sacrificio eucarístico, y por último bendecía á todos con la mano izquierda.

En nuestra época el demonio no aparece como antes, porque sabe muy bien que si se atreviera á tanto, no encontraría buena acogida como en la Edad media, y respecto del sábado, las manolas, que han perdido la costumbre de volar, lo celebran hoy en las tabernas ó en los cafés, en donde cantan muchas de sus amiguitas. En fin, el mundo ha sufrido un cambio radical, y los magos modernos, persuadidos de esta gran verdad, y animados del buen deseo de resucitar, ó mas bien de reconstruir su antigua profe-

sion, conformándose al espíritu de la época, han pretendido elevar la magia á la alta categoría de ciencia, como las matemáticas y la física, interpretando á su manera los símbolos y misterios del antiguo Egipto, la cábala, y una gran multitud de las ceremonias y ritos paganos. Pero vamos á explicar ahora con precisión y brevedad, el fenómeno extraordinario de esta resurrección de la magia, bajo un aspecto enteramente nuevo.

Tres causas la han producido: 1.ª La filosofía alemana, que tiende á separar á los espíritus del mundo, en que la Providencia nos ha colocado, para trasladarles á otro invisible y desconocido, en donde se supone, que existe lo absoluto, sueño dorado de los filósofos alemanes; 2.ª El ardiente deseo y mucho anhelo de distinguirse y adquirir fama, emitiendo doctrinas y teorías misteriosas, no siendo hoy muy fácil ni hacedero lograr tan laudable intento dedicándose á estudios en que descuellan varones, que no necesitan bajo ningún concepto cubrirse con el tupido velo de la superstición y del misterio para dar grandeza y brillo á su propio nombre; 3.ª El espíritu del siglo y la moda, que rechazan con fiereza á cualquiera que se presente ante su tribunal en traje antiguo, y sin cierto barniz literario ó científico, aunque insustancial ó fingido. Estas son las únicas y verdaderas causas, que hoy han dado nueva vida y un aspecto enteramente nuevo á la magia y á todas las ciencias ocultas.

SALVADOR COSTANZO.

GEOGRAFIA PINTORESCA.



Vista de Rio Janeiro.